

Y él mismo ¿qué dice? *Yo soy el camino, la verdad, y la vida*¹. Es el camino, porque ninguno puede ir al Padre ni conocerle sino por él²: es la *verdad*, porque es la sabiduría viva engendrada por el Padre, su Verbo consustancial: es la *vida*, porque la vida y la verdad son una misma cosa.

Así todas las criaturas en el principio han recibido de él la verdad, la razón, la vida, que conservan por solo él³, como por solo él reciben aun, con tal que su voluntad no le ponga obstáculo alguno, la plenitud de la vida, de la razón, y de la verdad. Hé aquí lo que él promete á los que creerán: *Yo he venido para que tengan vida, y una mayor abundancia de vida*⁴; no otra vida, otra verdad, otra razón diferente; sino la misma razón mas extensa, la misma verdad mas desenvuelta, la misma vida mas perfecta: es un niño hecho hombre, es el hombre unido mas á Dios. Un antiguo pecado los separaba; la sangre de la víctima sin mancha le borra, y el sacrificio universal cumple la regeneración universal. El Cristo, vencedor de la serpiente y de la muerte, sube á los cielos, para preparar allí una mansión á sus escogidos⁵; y en la ciudad santa, al pié del trono del Cordero sacrificado desde el principio del mundo⁶, resuena aquel canto eterno: *Benediccion, gloria, accion de gracias, honor y poder á nuestros Dios en los siglos de los siglos*⁷.

CAPÍTULO VI.

La Perpetuidad es carácter propio del Cristianismo.

Considerando, aun en la época de su mas gran depravacion, á todos los pueblos de la tierra, hemos hallado en ellos una misma ley moral, aunque continuamente violada por las pasiones; las mismas verdades

1 Joan. xiv, 6. — 2 *Ibid.* — 3 *Epist. ad Coloss.* i, 16 y 17. — 4 Joan. xii, 50. — 5 *Isid.* xiv, 2. — 6 *Apocalips.* xiii, 8. — 7 *Ibid.* vii, 10 y 11.

(*primordiales*) aunque oscurecidas con multitud de errores: adoracion, oracion y sacrificio que forman la esencia del culto, aunque corrompido por innumerables supersticiones; es decir, que á pesar del desarreglo de las costumbres y los extravíos del espíritu, se ha reconocido en todos partes¹ la misma conciencia, la misma

1 A menos de pretender saber mejor lo que creían los pueblos de la antigüedad que sus poetas, sus filósofos, sus historiadores, dice un célebre escritor; á menos de osar desmentir los monumentos de de todos los siglos, es necesario admitir que la creencia en un Dios supremo, la existencia de los buenos y malos Angeles, la caída original del hombre, la necesidad de una expiacion, la idea mas ó menos desenvuelta de un Reparador, las penas y recompensas de la vida futura, los dogmas en que entonces consistia toda la Religión verdadera, y que la Iglesia católica proclama con la autoridad de la revelacion completa hecha por Jesucristo, fueron proclamados en todas partes por la tradición con la autoridad de la revelacion primitiva hecha á los antepasados ó padres comunes del género humano; y que estas verdades fueron como la base comun de la Religión de todos los pueblos. « De todo lo cual, es decir, de que todos los hombres hayan conocido las verdades que La Mennais con todos » los teólogos supone y declara que son necesarias para la salud, se » infieren dos consecuencias igualmente funestas para la impiedad. » 1^a Que presentándose estas verdades rodeadas no solo del testimonio de la Iglesia y de la Sinagoga, sino del consentimiento comun » de todos los pueblos; para negarlas, es necesario negar la razón humana; y por una ilacion necesaria abjurar de su propia razón. » 2^a Que habiendo enseñado la tradición á todos los hombres las verdades absolutamente necesarias para la salud, todos los hombres » han podido salvarse, y ninguno ha perecido sino por culpa suya. » Los errores que las sociedades particulares mezclaron á los dogmas » proclamados por la sociedad universal del género humano, no podían imputarse á los individuos sino cuando no les eran invencibles. En una palabra, se debe discurrir de las herejías que alteraron el Cristianismo primitivo, como de las herejías que se han suscitado en el seno del Cristianismo llegado á su complemento. » La herejía indudablemente es un crimen que excluye del cielo; » pero para que un individuo sea hereje, es necesario que la herejía, » que el error de la sociedad ó reino en cuyo seno ha sido criado, venga á ser un crimen propio de su voluntad; es necesario que » colocándose entre la sociedad universal que atestigua la verdad y » la razón particular de sus padres que eligió el error, su razón » apruebe y sancione esta eleccion; es necesario en fin que esta rebelion contra la autoridad se haya hecho con un consentimiento

razon, la misma Religion. Así que la verdadera Religion es universal; es decir, que no ha existido un solo pueblo á quien la Religion no se haya manifestado ¹ en un grado suficiente para que nada le faltase de lo que era necesario para su salvacion.

Por otra parte siendo la Religion la ley de nuestra naturaleza inteligente, esta ley, necesariamente tan antigua como el hombre, no ha podido jamás ser ignorada de él: de otra suerte Dios le habria negado los medios de salvarse.

Es evidente, pues, que la Religion ha debido comenzar con el mundo, y perpetuarse sin interrupcion ². Esta es una consecuencia de su unidad, y un dogma del Cristianismo. Así es que todos los pueblos han creído que la antigüedad era un carácter esencial de la verdadera Religion, y por el cual se discernia de las supersticiones

» libre, entero, y acompañado de un conocimiento suficiente para
» producir un pecado mortal. Esto es lo que Fenelon explica de una
» manera admirable, en cuanto á los protestantes, en un *Sermon*
» para la profesion religiosa de una nueva convertida: no sa-
» bemos ciertamente como lo que es verdad respecto de los protes-
» tantes, no lo seria de los herejes de todos los siglos, que han cono-
» cido las verdades absolutamente necesarias para llegar al cielo.
» De este modo, ante el hecho demostrado por La-Mennais, se des-
» vancee, como se ve, la objecion que es acaso entre todas la que ha
» hecho mas incrédulos (*Memorial Catholique, Juillet de 1825,*
» pág. 37, 38.) »

¹ Es decir, en quien las verdades primitivamente reveladas no se conservasen, de suerte que si quisiesen atender á ellas, de parte de Dios no les faltó nunca el auxilio necesario para salvarse.

² No es necesario recurrir á los libros santos para poderse convencer de que la verdadera religion era originariamente la del género humano. Los antiguos pueblos, aunque entregados á supersticiones extravagantes, conservaban vestigios sensibles de la antigua tradicion, y las semillas preciosas de las verdades mas importantes. Esta admirable uniformidad entre naciones que frecuentemente no se conocian, que no tenían comercio alguno entre sí, prueba evidentemente que sus padres comunes tenían una misma creencia, una misma moral, un mismo culto; y que las diversas opiniones que en lo sucesivo dividieron á los hombres, no eran sino invenciones modernas, y alteraciones de la Religion primitiva. *Mém. de l'Acad. des Inscript. t. XLII, p. 193, 194.*

que la desfiguran. Subiendo pues al origen del culto y de la fe, ó al origen de la Religion, haremos ver como concurre con el origen del hombre, y como, á pesar de las alteraciones mas ó menos considerables que ha sufrido en diferentes lugares en la sucesion de los tiempos, ella no obstante se ha perpetuado siempre.

Vemos su origen en la Escritura santa, que revelándonos, por decirlo así, el secreto de nuestra naturaleza, nos enseña que el Sér supremo crió nuestra alma de la nada, manifestándole las verdades y preceptos que forman la ley de su vida, y el fondo inmutable de la Religion.

Dios hizo al hombre de la tierra ¹, y le formó á su imágen y semejanza. Hizo de su sustancia una compañera semejante á él. Dióles el discernimiento, lengua, ojos, oídos, entendimiento para pensar, y los llenó del espíritu de inteligencia. « Crió en ellos la ciencia del espíritu ²: llenó su corazón de sentimientos, y les » mostró los bienes y los males. Puso los ojos é hizo brillar su vista sobre sus corazones, para que conociesen » la grandeza de sus obras, celebrasen la gloria de su » nombre con sus alabanzas, y le glorificasen por sus » maravillas. Impúsoles deberes, y les dió en herencia la » ley de vida. Hizo con ellos una alianza eterna, y les » manifestó su justicia y sus juicios ³. »

Hé aquí la inteligencia humana y la Religion que nacen juntas, por la revelacion que Dios hace al primer hombre de las verdades necesarias y de los deberes que de ellas se derivan: dogmas y preceptos que forman la *ley de vida*; y esta ley transmitida en *herencia*, se perpetuará por la tradicion.

Adan viola estas leyes, y se pierde con su posteridad. El pecado y la muerte entran en el mundo. Pero Dios tiene piedad del hombre: le promete un Redentor ⁴, el cual, hasta Jesucristo, no ha dejado de ser esperado por la universalidad del género humano. Nuestros primeros

¹ El cuerpo fué formado del lodo, pero el alma criada.

² Por *ciencia del espíritu* se entiende la ciencia de la fe; es decir, el conocimiento de Dios, de los Angeles, etc., que Dios dió al hombre al criarlo. *Sacy, in hunc locum.*

³ *Eccli. xvii, 1. y sig. — 4 Gen. iii, 15.*

padres decaídos de su inocencia, reciben sus mandatos nuevos, y se ve establecer un culto expiatorio, ó el uso de sacrificios cruentos ¹; que durarán hasta el cumplimiento del gran sacrificio que figuran.

Sin embargo, el germen de corrupcion que encerraba la naturaleza humana despues de la caída de Adan, se desarrolla; la inclinacion al mal que traemos al nacer se manifiesta cada vez mas; los crímenes se multiplican, y llegan á irritar en el cielo la justicia del Dios tres veces Santo. Resuélvese á ejecutar sobre esta raza perversa un castigo memorable. La tierra y sus culpables habitantes son sepultados bajo las aguas: un solo justo con su familia escapa del naufragio universal, para volver á poblar el mundo desierto, y salvar al género humano de una entera destruccion; porque en el punto mismo en que el Todopoderoso infligia á su criatura rebelde castigo tan ruidoso, un pensamiento de misericordia templaba aun su ira, y detenía sus últimos efectos: habia prometido al hombre caído un reparador, y sus promesas son sin arrepentimiento. El diluvio debió dejar una impresion muy profunda en la memoria de los hijos de Noé; así es que todas las naciones han conservado la memoria de esta terrible catástrofe ², de que nuestro globo ofrece vestigios y señales tan evidentes, que ninguna verdad física es mirada hoy como mas cierta por los geólogos ³.

1 Gen. iv, 4.

2 « Este hecho incomprendible, dice Boulanger, que el pueblo cree por hábito, y que los hombres de talento tambien por hábito niegan, es el mas notorio é incontestable que se puede imaginar. El físico lo creería, aun cuando las tradiciones de los hombres no hubieran jamás hablado de él; y un hombre de talento que no hubiese estudiado mas que las tradiciones, lo creería tambien. Seria necesario ser el mas torpe y mas obstinado de los hombres para dudar de él, luego que se consideran los testimonios renidos de la física y de la historia, y el grito universal del género humano. » Vid. *L'Antiquité justifiée, ou Réfut. d'un liv. intit. l'Antiq. dévoilée*, ch. 1, p. 3, 4.

3 Cuvier, *Discours préliminaire des Recherches sur les ossements fossiles des quadrupèdes*. De Luc, *Lettres géologiques*. Paris 1798. André, *Théorie de la surface actuelle de la terre*. 1806.

No parece que el error ni la idolatría fuesen del número de los desórdenes que provocaron este castigo ¹. Toda carne, dice el Escritor sagrado, *habia corrompido sus caminos sobre la tierra* ²; palabras que no excitan otra idea sino la de la violacion de la ley moral; y los hombres en efecto estaban aun muy inmediatos á la revelacion primitiva, para que hubiese sido olvidada ú oscurecida entre ellos.

Dios la confirma de nuevo, renueva su alianza con los hijos de Adan ³, y no se puede dudar que además de los mandamientos principales que miran á la fe y á las costumbres, prescribiese á Noé los ritos mismos del culto con que queria ser honrado; pues que cinco siglos despues le vemos hablar así á Isaac: « Todas las naciones de la tierra serán benditas en tu descendencia, » porque Abraham ha obedecido á mi voz, ha guardado mis preceptos y mandatos, y observado las leyes y ceremonias ⁴ que yo he ordenado. » Solo este mandato divino, reconocido por otra parte por todos los pueblos, explica la admirable universalidad del sacrificio, y la uniformidad de ciertos usos religiosos entre naciones enteramente desconocidas unas de otras ⁵.

Descendientes de un padre comun no perdieron al separarse el conocimiento de la ley que debia ser su herencia comun ⁶; y era una creencia antigua entre los Hebreos ⁷ que el primer precepto entre los *Noachidas*, ó el primer mandamiento dado á los hijos de Noé, y en ellos á todo el género humano, tenia por fin el prevenir la corrupcion del culto, ordenando, como lo enseñaban tambien los Egipcios, *detestar todo lo que no estaba transmitido por los mayores* ⁸.

Los descendientes de Noé conservaron la tradicion que tenian de él, y que él mismo tenia de sus padres que habian vivido con Adan. Así es como se perpetuó en las

1 S. Cyril. *contr. Julian*, lib. 1. — 2 Gen. vi, 12.

3 Gen. viii y ix. — 4 *Ibid.* xxvi, 4 y 5.

5 Grotius, *de verit. Relig. christ.* l. 1, sect. 7, etc. Clerici, *Comment. in Pent.* cap. 23, supr. Levitic.

6 Fabricy, *des titres primitifs de la Rével. Disc. prélim.* p. 76.

7 Selden, *De Jure nat. et gent. juxta Discipl. Hebreor.*

8 Marsham, *Canon chronicus*, p. 161.

familias, que fueron el tronco de las primeras naciones. Dios, como lo leemos en la Escritura, puso sobre cada una de ellas un jefe para guiarla¹; y según la observación de un antiguo Padre, ellas estaban instruidas también de la verdadera doctrina por los Patriarcas y demás santos personajes; que de siglo en siglo suscitaba Dios con este designio².

Para no destruir la libertad del hombre, y al mismo tiempo asegurar la duración del género humano, era necesario que el conocimiento de la ley divina no se perdiese jamás en el mundo, y que el hombre no obstante pudiese violarla. En efecto, vemos esta ley siempre conocida, y siempre, ya mas, ya menos quebrantada por las pasiones, así en lo que manda creer, como en lo que manda practicar.

Los cultos supersticiosos sin embargo no se establecieron inmediatamente después del diluvio³. ¿Cómo se hubieran atrevido los hombres, por osados que fuesen, á levantar altares sacrílegos sobre una tierra húmeda aun de las aguas de la venganza divina? Ni los individuos, ni los pueblos se corrompen en un día, y la idolatría no ha podido nacer sino en el seno de una corrupción ya profunda. Así es que no se comienzan á descubrir algunos vestigios de ella sino bastante tiempo después de la muerte de Noé, cuando sus descendientes dispersos en el Asia y África formaban no solo familias, sino naciones.....

De cualquiera manera que sea, los monumentos históricos y la tradición general atestiguan que los hombres no adoraron en un principio mas que á un solo Dios. « La Religión, dice el sabio y juicioso Mignot, fue la misma en todos los pueblos en los primeros tiempos. Consistía en la creencia de un Dios, autor de todas las cosas, remunerador de los buenos y juez severo de los malos, á cuya fe se añadía la práctica del culto que él mismo había prescripto. Esta Religión no se alteró tan

¹ *Ecdi.* xvii, 14.

² S. Crisost. *Expós. in Psalm.* iv.

³ *Mém. de l'Acad. des Inscript.* t. l. XXI. — Herbelot, *Bibliot. orient.* art. *Adan.*

» prontamente como algunos se lo han persuadido. La
» historia del mundo y de la conducta de Dios sobre los
» hombres bastaban para trasmitirla, y los hechos que
» componían esta historia, no eran en tan gran número
» que no se pudiesen conservar fácilmente.

« La creación del Universo, la formación del hombre
» del limo de la tierra, á imagen y semejanza de su au-
» tor, la caída y la promesa de su reparación, el minis-
» terio de los ángeles de que Dios se servía para intimar
» sus órdenes á los hombres y manifestarles sus volun-
» tades, la depravación del género humano, su castigo
» y la purificación de la tierra por el diluvio, formaban
» el círculo de los conocimientos necesarios al hombre
» para mantenerse en esta Religión. Estos conocimientos
» no eran difíciles de adquirir; la vida larga de los pri-
» meros hombres, testificada por nuestros libros y con-
» fesada por los escritores profanos, facilitaba su tras-
» misión..... Abraham de edad de ciento y cincuenta
» años cuando murió Sem, pudo ver á este Patriarca y
» conversar con él. Sem tenía noventa y ocho años
» cuando sucedió el diluvio; por consiguiente fué con-
» temporáneo de Matusalem, que habiendo llegado á
» novecientos sesenta y nueve años, terminó su carrera
» cuando la tierra fué inundada. Este último habiendo
» nacido el año del mundo 687, vivió doscientos cua-
» renta y tres años con el padre del género humano;
» de suerte que en el tiempo de Abraham, nacido el año
» del mundo 2008, la cadena de esta tradición constaba
» de solos cuatro anillos que se tocaban los unos á los
» otros. Esta tradición había echado raíces tan profundas
» en todos los descendientes de Noé, que las corrupcio-
» nes sucesivamente introducidas en su culto, no impi-
» den que se hallen vestigios muy señalados, sea en sus
» dogmas, sea en sus prácticas. Separando las antiguas
» historias de las alegorías y ficciones de que las han
» sobrecargado, se conciben aun hoy los mismos princi-
» pios y los mismos hechos que Moisés, ha consignado
» en sus escritos¹. »

Por todas partes el culto de un solo Dios ha precedi-

¹ *Mém. de l'Acad. des Inscript.* t. LXI, páginas 240 y sig.

do á la idolatría, como la inocencia precede al vicio, y el orden precede á su trasgresion. La debilidad del entendimiento y la corrupcion del corazon dan ocasion á prácticas supersticiosas; estas se extienden, se multiplican, se hacen en fin generales; y lo que no se podrá nunca bastantemente observar, la tradicion que las condena, la perpetuidad ó antigüedad no deja de ser por eso la regla universalmente reconocida de la verdadera fe y del culto legítimo.

« Cuando los hombres, dice Leland, se dispersaron » despues del diluvio para llenar la tierra y habitar sus » diferentes regiones, los jefes ó conductores de cada » horda ó familia, llevaron consigo los principios fundamentales de la Religion y de la moral á los países » donde se establecieron, los conservaron al menos por » algun tiempo, y los transmitieron á las generaciones » siguientes¹. »

El abate Lebatteux ha probado por el testimonio de los Libros santos, que en los tiempos de Moisés y de José subsistian aun en todo su vigor las tradiciones primitivas entre los Egipcios², y en los pueblos de la Caldea, de la Arabia³ y de la Palestina⁴, aunque la pureza del culto hubiese sido ya alterada en muchos lugares por la mezcla de diversas supersticiones, y en otras muchas partes desórdenes abominables hubiesen abortado una abominable idolatría.

Nada oscurece, nada altera el brillo y esplendor de la verdad, cuando ella se levanta como el astro de la vida sobre los pueblos nacientes: su luz penetra en los corazones sencillos, y fecunda allí el gérmen de todo lo que es bueno, de todo lo que es santo. Edad feliz de inocencia y de fe, ¡y qué no pueda durar siempre! Pero bien pronto las pasiones fermentan, producen el error y

¹ Leland, *Nouvelle démonstr. évangél.* part. 2, ch. 2, t. III, p. 51, 59.

² Es verosímil que en tiempo de Josef la idolatría no estaba aun establecida formalmente en Egipto. *Herodote, historien du peuple hébreu, sans le savoir*, p. 223.

³ Vid. et *Bibliothèque britannique*. Juillet 1734, art. 5.

⁴ *Hist. des causes premières*, sect. 2, art. 4, p. 116, 125. *Bullet, l'Existence de Dieu démontrée, etc.*, tom. II, pag. 24, 25.

el vicio, que se delinean, y trazan como enormes sombras entre el hombre y la verdad. Sin embargo el astro sigue su curso, continúa brillando, pero al través de negros vapores que se engruesan sin cesar; y hácia la tarde se le ve, descendiendo poco á poco entre tinieblas inflamadas, alumbrar con sus últimos rayos un cielo sangriento y cargado de tempestades.

Cuando se llegan á considerar estas grandes catastrofes del mundo moral, estas naciones que se apartan de Dios, y que caen como los ángeles rebeldes, una compasion profunda y un secreto temor se apoderan del alma. ¿Qué es el hombre? ¿Qué son sus luces, su razon? ¿Qué fuerza es esta que parece le impele al crimen? ¿Qué gana él en perderse? ¿Ceguedad espantosa! Mas ello es así: el mal le agrada; nacido para el cielo busca el infierno, como un viajero extraviado busca su patria. ¡Cosa extraña! La verdad de que huye, la ley que viola, se presentan por todas partes á sus ojos, no puede ignorarlas ni negarlas; todos los siglos y todos los pueblos, aun los mas degradados, dan testimonio á esta ley, á esta verdad, á la Religion; y desecharla, es desechar, es apostatar de la razon humana.

El crimen de los paganos era tanto mayor, quanto que bastaba á cada pueblo su tradicion particular para discernir la verdadera Religion, que fué la primera en todos los pueblos. Subiendo hasta su origen, habrian hallado el culto santo practicado por sus padres, como subiendo algunos siglos todos los protestantes hallan que sus mayores eran católicos.

Se trata de mostrar la falsedad de los cultos idolátricos y la vanidad de sus ídolos. No *eran desde el principio*, dice el Escritor sagrado¹. Y del mismo modo los Padres probando la *novedad* del paganismo, impugnaban este gran extravío del corazon humano². Entregándose á él estaban advertidos de su crimen, y esto era lo que le hacia inexcusable. Se sabia que habia existido *una ley divina, en todas partes la misma*; es de-

¹ Neque enim erant ab initio. *Sapient.* xiv, 13.

² Tertul. *Apolog.* c. 7 y 25 y 27. *Theoph. ad Autolic.* l. 2, n. 33. *Eús. Præp. evang.* l. 4, c. 1, *Lact. Institut.* l. 4, etc.

cir, se reconocia la existencia de una ley primitiva, santa; en una palabra, una verdadera Religion que por estos caracteres se podia fácilmente discernir de las Religiones falsas. Era pues el hombre culpable en violarla, como lo es en violiar toda ley que puede conocer; y no se podria jamás justificar la idolatría, sin justificar al mismo tiempo el homicidio, el robo, el adulterio, todos los vicios y todos los crímenes, pues que la ley que los prohíbe, es idénticamente la misma que prohíbe el culto de los ídolos.

Por mas general que este fuese, sin embargo no se debe creer que el verdadero Dios no tuviese ningun adorador entre las naciones, ni que con tantos medios de instruirse de su ley, esta fuese para todos los hombres un objeto de indiferencia. San Juan habla de los *hijos de Dios* que estaban dispersos entre los gentiles¹. «Yo» no pienso, dice San Agustin, que los mismos Judíos» llegasen á pretender que desde la elección de Jacob» ninguno haya sido, excepto los Israelitas, del número» de los que pertenecen á Dios.» Y despues de haber citado el ejemplo de Job, añade: «No dudo que la Providencia divina nos haya presentado este ejemplo para» enseñarnos que ha podido haber tambien en las otras» naciones personas que viviendo segun Dios, y siéndole» agradables, pertenecian á la Jerusalen espiritual².»

Bossuet se extiende aun mas, y se ve con placer á este gran hombre, tan poco sospechoso de laxismo en punto á doctrina, extender, digámoslo así, su esperanza, como Dios mismo se complace en dilatar su misericordia. «Es cierto, dice, que despues de la ley de Moisés,

1 *Jesús moriturus erat pro gente, sed ut filios Dei, qui erant dispersi, congregaret in unum. Joan. II, 52.*

2 *Nec ipsos Judæos existimo audere contendere, neminem pertinuisse ad Deum, præter Israelitas, ex quo propago Israel esse capit.... Divinitus autem provisum fuisse non dubito, ut ex hoc uno sciremus etiam per alias gentes esse potuisse, qui secundum Deum vixerunt, eique placuerunt, pertinentes ad spiritualem Jerusalem. S. Aug. de Civit. Dei, lib. 18, cap. 47. — Se ha visto á algunos Príncipes procurar abolir el culto de los ídolos, y restablecer el del verdadero Dios. Dos Reyes consecutivos lo intentaron así en el Yemén, cerca de tres siglos antes de Jesucristo. Véase la *Vie de Mohamed, por el Conde de Beulainvillier*, p. 109.*

» los gentiles habian adquirido una mayor facilidad de» conocer á Dios, por la dispersion de los judíos, y por» los prodigios que Dios habia hecho en su favor; de» suerte que el número de los particulares que le adoraban entre los gentiles, es *acaso mayor de lo que se piensa.*» Y despues: «Cada uno podia aprovecharse» de las gracias generales, y no se debe dudar que haya» habido un gran número de estos fieles, dispersos» entre los gentiles de que acabamos de hablar³.»

Cuando Jesucristo pareció en el mundo, no trajo una ley diferente de la que Dios habia dado al primer hombre, y cuyo conocimiento se habia perpetuado por la tradicion en todos los pueblos: él no vino á destruirla, sino á cumplirla⁴; y la ley evangélica no es mas que el desarrollo, ó, como se expresa San Ireneo, la *extension*, la *dilatacion*⁵ de la ley una y universal revelada desde el principio. Este es el unánime modo de pensar de los PP.⁶, y lo que Tertuliano en particular explica admirablemente.

«¿Sobre qué fundamento, dice á los judíos, podeis

1 *Lettre à M. Brisacier. Oeuvres de Bossuet, t. 10, 409. Edit. de Dom. Deforis.*

2 *Matth. v, 17.*

3 *Hoc autem quod præcepit.... neque solventis legem, sed adimplentis, et extendentis, et dilatantis. S. Iræn. contr. Hæres. lib. 4, c. 13, p. 242. Edit. Benedict.*

4 «En el principio, dice San Juan Crisóstomo, al formar Dios al hombre, le dio la ley natural....» Impugnando despues á los que niegan la existencia de esta ley divina. «¿De dónde vienen pues,» continúa, todas esas leyes que han escrito sus legisladores sobre el matrimonio, el homicidio, los testamentos, los depósitos, etc.? Sin duda las habian recibido de sus padres, y estos de sus abuelos, y estos de los suyos etc. Pero los primeros, ¿de quién las tenían....? Es claro que era la ley que Dios dió al hombre al criarle. ¿Qué significa aquella expresion de San Pablo, *que perecerán sin la ley; acusándolos sus pensamientos y su conciencia, y no la ley?* Si ellos no habian tenido la ley de la conciencia, aun pecando, no debian perecer, ¿pues cómo han pecado sin la ley? Cuando el Apóstol dice *sin la ley*, no dice que no han tenido la ley, sino que no han tenido la ley escrita y que han tenido la ley de la naturaleza.» *Com. 12, ad pop. Antioch. Oper. tom. 2, p. 127, 129. 130. — Natura et disciplina una est lex. Clem. Alex. Strom. lib. 1, p. 366.*

» creer que Dios que ha criado y gobierna el universo ;
 » Dios, autor del hombre y propagador de todas las na-
 » ciones, no hubiese dado la ley sino á un solo pueblo
 » por Moisés, con exclusion de todos los otros pueblos ?
 » Si no la hubiese dado á todos, no hubiera permitido
 » que los prosélitos de entre las naciones tuviesen acceso
 » á ella. Pero (segun y como conviene á la bondad de
 » Dios y á su justicia, como autor del género humano) él
 » *ha dado la ley á todas las naciones* ; en ciertos y deter-
 » minados tiempos ha promulgado los proceptos, cuan-
 » do quiso, por quien quiso, y como quiso. En el prin-
 » cipio del mundo dió la ley al mismo Adán y Eva.... Y
 » en esta ley dada á Adán reconocemos todos los precep-
 » tos proclamados despues mas circunstanciadamente
 » por Moisés..... La ley primitiva dada á Adán y á Eva
 » en el paraiso, es como la *matriz* de todos los manda-
 » mientos de Dios..... En esta ley divina, primitiva y
 » universal, estaban contenidos todos los preceptos de la
 » ley posterior, que brotaron á su tiempo¹. »

En seguida muestra (Tertuliano) que los Patriarcas no se santificaron, ni fueron agradables á Dios sino por la observancia de esta ley, que sin embargo no era otra cosa, y lo mismo la ley de Moisés, sino la *ley principal*²;

1 Cur etenim Deus universitatis conditor, mundi totius gubernator, hominis plasmator, universarum gentium sator, legem per Moysen uni populo dedisse credatur, et non omnibus gentibus attribuisse dicitur? Nisi enim omnibus eam dedisset, nullo pacto ad eam etiam proselytos ex gentibus accessum habere permetteret. Sed ut congruit bonitati Dei, et æquitati ipsius, utpote plasmatori generis humani, omnibus gentibus eandem legem dedit; quam certis et statutis temporibus observari præcepit, quando voluit, et per quos voluit, et sicut voluit. Namque in principio mundi, ipsi Adæ et Evæ legem dedit..... In hac enim lege Adæ data, omnia præcepta condita recognoscimus, quæ postea pullulaverunt data per Moysen..... Primordialis lex est enim data Adæ et Evæ in paradiso, quasi matrix omnium præceptorum Dei..... Igitur in hac generali et primordiali lege Dei, omnia præcepta legis posterioris specialiter indita fuisse cognoscimus, quæ suis temporibus edita germinaverunt. *Tertul. adv. Judæos, c. 2. Oper. p. 184. Edit. Rigalt.*

2 Unde intelligemus Dei legem ante Moysen, nec in Horeb tantum aut in Siná et in eremo, sed antiquiorem primum in paradiso, post Patriarchis, atque ita et Judæis certis temporibus reformatam;

y hace ver que una y otra suponian y anunciaban un último desarrollo que se ha cumplido por Jesucristo y en Jesucristo.

Y como la ley primitiva ó primordial y la ley de Moisés reposaban sobre el testimonio de Dios, que se perpetuaba por la tradicion, la Ley Evangélica descansa y se apoya igualmente en el testimonio de Dios, perpetuado por la tradicion. Así que la Religion no es mas que una cadena indisoluble de testimonios que suben hasta Dios.

¡ Oh y qué hermosa es esta tradicion que principia con el mundo, y que á pesar de innumerables errores, se perpetúa sin interrupcion en todos los pueblos ! ; Qué imponente es esta palabra que Dios ha pronunciado al principio de los siglos, y que todos los siglos repiten con un santo respeto ! Salida de la eternidad, el tiempo, como un largo eco, la repite y la vuelve á la eternidad. Esta palabra maravillosa, imágen de la Palabra engendrada *antes del lucero de la mañana*¹, del *Verbo que está en Dios y que es Dios mismo*², es la razon, la verdad; el órden, la ley, la vida; y no hay vida, verdad ni razon sino en ella. Herencia comun del linaje humano³, ella es la *verdadera luz que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo*⁴; le instruye de sus deberes y de sus destinos; forma su entendimiento formando sus creencias; eleva por la fe á este Sér de un dia hasta el *Anciano de dias*⁵; hasta el Sér infinito, único y solo principio de todo lo que existe; purifica su corazon revelándole su miseria, y mostrándole su remedio. Sin ella el hombre no seria mas que un fantasma que pasa y desaparece en las sombras; ella le une con sus semejantes uniéndole con su autor. La virtud, la esperanza, el amor el pensamiento mismo vienen de ella. ¿ Dónde están los

ut non jam ad Moysi legem ita attendamus quasi ad principalem legem, sed ad subsequentem, quam certo tempore Deus et gentibus exhibuit, et repromissam per Prophetas in melius reformavit, et præmonuit futurum. *Ibid. pág. 184, 185*

1 *Psalm. cix, 3. — 2 Joan. 1, 1.*

3 *Philo Judæus, de mundi opificio. Oper. p. 1.*

4 *Joan. 1, 9. — 5 Dan. vii, 9.*

que dicen, no la conocemos? Inteligencias decaídas, sordas á la voz del género humano; y condenadas en el hecho mismo á no creer nada, porque la *fe nace del oído*¹; toda palabra como toda verdad, toda ley procede de esta palabra, de esta ley primera. ¿Dónde están los que dicen, no la queremos? Espíritus rebeldes, á quienes la luz ofende é importuna: piden tinieblas, y tinieblas les serán dadas; desechan la verdad, la verdad los repelerá de sí; desechan la ley de gracia, y hallarán la ley del suplicio; en lugar del Dios que no han querido y de la muerte que querrian, tendrán eternamente á su crimen por compañero, y por rey *el gusano que nunca muere*².

Hemos pues probado que ninguna secta idolátrica tiene autoridad real; que no existe ni existió jamás sino una Religion que comenzó con el mundo: Religion por consiguiente *una, universal, perpetua*, en sus dogmas, en sus preceptos, en su culto esencial: que siempre y en todas partes se ha conocido su existencia y el medio por el cual se la podia discernir de los errores, supersticiones nacidas del orgullo de la ignorancia, de la insaciable curiosidad, y de todas las pasiones humanas. Hemos hecho ver al mismo tiempo que esta Religion no es otra que la Religion cristiana, única que posee estos grandes caracteres de autoridad soberana á que todo espíritu debe obedecer; á saber: la *unidad*, la *universalidad*, la *perpetuidad*. Vamos pues á probar que la *santidad* le conviene no menos visiblemente: de modo que en cualquiera época, y bajo cualquier aspecto que se la considere, Dios se manifiesta en ella y por ella con tanto brillo y esplendor, que no percibirla es estar abandonado á una ceguera tan terrible, que no se hallan términos con que llorarla.

¹ *Ad Rom.* x, 17. — ² *Marc.* ix, 43.

CAPÍTULO VII.

La Santidad es propia del Cristianismo.

Remontándonos al origen del mundo, hemos visto á la Religion cristiana desenvolviéndose sucesivamente sin dejar de ser *Una*, réstanos probar ahora que es igualmente *Santa*, y que este carácter esencial de la verdadera Religion igual y manifiestamente le pertenece. Para ello es necesario considerarla en su totalidad, y abrazar de una sola ojeada los diferentes estados bajo los cuales ha subsistido desde el principio del mundo hasta nosotros.

Su duracion pues presenta tres épocas principales, semejantes bajo muchos respectos á las edades de la vida humana. La primera revelacion contenia el gérmen de las que debian suceder, como las primeras verdades que la palabra revela al niño, incluyen todas las verdades que conocerá en lo sucesivo. La revelacion *Mosáica*, oponiendo una nueva barrera á los desarreglos de la edad de las pasiones, confirma la revelacion primordial ó primitiva, y prepara los pueblos á la última revelacion. Esta en fin cumplió lo que prometian las otras dos, y San Pablo mismo la llama *la edad del hombre perfecto*, á que debemos todos, dice, *apresurarnos á llegar en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios hasta la plena medida de Jesucristo, á fin de que no seamos ya niños*.

Estas tres revelaciones no forman tres Religiones diversas, sino una Religion mas perfecta á medida que ella se ha desarrollado mas; así como la razon del hombre no es una razon diferente de la del niño, sino la misma razon mas ilustrada, mas desarrollada, mas perfecta; y si se quiere extender aun mas esta comparación, se verá que los deberes del hombre tienen tambien, en proporcion de sus luces, mas extension que los del niño, aunque en el fondo sean constantemente los mismos deberes invariables.

Así es que el hombre es siempre uno, siempre idénticamente el mismo hombre, á pesar del desarrollo de su naturaleza, ó mas bien en virtud de los desarrollos mis-